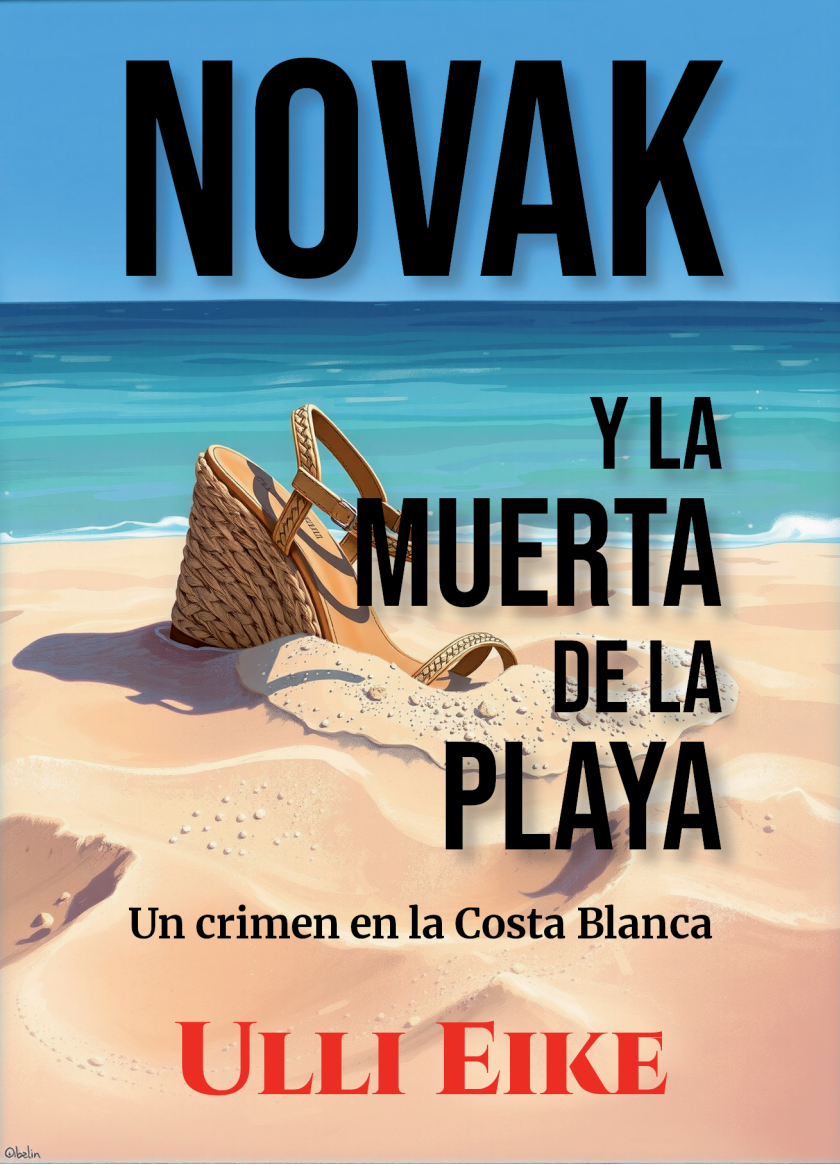


NOVAK

The background of the cover is a vibrant illustration of a beach. In the foreground, a woven wicker basket and a high-heeled sandal are partially buried in the golden sand. The sand is textured with small pebbles and footprints. In the background, the blue ocean meets a clear blue sky at the horizon.

Y LA MUERTA DE LA PLAYA

Un crimen en la Costa Blanca

ULLI EIKE

Una mujer muerta aparece en la arena abrasadora de
Benidorm.

Un marido desesperado por cerrar el capítulo antes de
que alguien empiece a hacer preguntas de verdad.

Una rubia calculadora que mueve los hilos desde las
sombras.

Testigos que lo vieron todo... pero no se dieron cuenta de
nada.

Y un exinvestigador que no desea nada más que disfrutar
de una cerveza fría servida por la camarera más
encantadora...

hasta que el caso cae directamente en sus manos.

Novak y la muerta de la playa

Un misterio criminal bañado por el sol de la Costa Blanca
— afilado, atmosférico y absolutamente adictivo.

© 2026 Ulli Eike – todos los derechos reservados.

Edición y corrección: Gabi Börger, Michaela Retetzki

Publicado por: Ulli Eike

Carrer Serra del Ferrer 2, 03580 Alfaz del Pi, España

Contacto: info@ulli-eike.de

Sitio web: www.ulli-eike.de

Impreso por: 360imprimir

Edición Costa Blanca – no destinado a la venta

BENIDORM, PLAYA DE LEVANTE

10:30 H

—Ni muerta.

Rosemary Burns miraba con expresión sombría el teléfono móvil que tenía delante, sobre la toalla de playa.

—Y con eso el tema queda zanjado para mí.

Terminó la llamada con un golpe brusco sobre el botón rojo, sin esperar respuesta de su interlocutor. Después trasladó su peso al brazo derecho y se giró un poco para poder mirar al hombre que estaba tumbado en la toalla junto a ella.

—¿Lo has entendido tú también?

Andrew Burns, su marido, contrajo su rostro alargado en una sonrisa resignada.

—¿Seguro que no quieres pensártelo otra vez, Rosie?

Ella puso los ojos en blanco.

—No vamos a vender el bar. Vamos a hacer que el negocio vuelva a funcionar.

—No si despides a nuestra mejor empleada.

—Milena robó.

—No robó. Se llevó comida caducada que de todos modos ya no podíamos usar.

—Tendría que haber preguntado.

—Me preguntó a mí.

—Lo siento, pero eso no te lo creo, Andy. Solo quieres

protegerla. Además, no me gustaba su hermano. Se pasaba demasiado tiempo en el bar, distraía a Milena del trabajo y encima se traía negocios turbios.

Andrew no respondió. A ese argumento no podía oponerse. El tráfico de drogas en su bar era inaceptable. Al menos en eso todavía estaban de acuerdo.

—¿Vienes al agua? —cambió ella de tema, para neutralizar la tensión que se había acumulado entre ambos durante el último minuto.

Andrew Burns negó con la cabeza.

—No, ve tú sola. Tengo que ir al bar, espero a las once a dos proveedores importantes. Pero luego probablemente vuelva por aquí.

—Está bien —respondió ella—. Si no, estaré de vuelta a tiempo antes de que empiece el ajetreo del mediodía.

Se incorporó y avanzó a trompicones por la arena blanda y resbaladiza hacia el mar y el ansiado alivio.

Un cuarto de hora después regresó a tierra y volvió a mirar hacia el mar. La superficie del agua, ligeramente rizada, brillaba bajo la luz del sol de la mañana, y el cielo resplandecía sobre ella exactamente en el tono de azul al que había servido de modelo. Solo los gritos de los niños que jugaban y el parloteo de los adultos en primera línea de playa perturbaban la imagen perfecta.

Se dio la vuelta y serpenteó entre los demás bañistas de regreso a su sitio. La toalla junto a la suya estaba vacía. Tardaría al menos una hora en volver a la playa. Si es que

volvía. Siempre había algo que hacer en el bar.

En verano el aire y el agua estaban tan calientes que era innecesario secarse. Por eso se dejó caer boca abajo sobre la toalla, se protegió la cabeza con un sombrero de ala ancha, se puso unas gafas de sol de cristales enormes y se retocó, algo por encima, la crema solar de los hombros. Después sacó de su bolsa de playa una carpeta con facturas y extractos bancarios y empezó a hojearla. Pero apenas unos segundos después comprobó que el baño en el mar la había dejado agotada. Apartó los papeles, apoyó la cabeza sobre los antebrazos cruzados y empezó a dormir.

PRIMER ACTO:

¿EXISTE EL CRIMEN PERFECTO?

—Novak, tu perra está demasiado gorda.

—... dijo ella mientras le servía a la perra gorda una generosa ración de solomillo de ternera.

—No es solomillo, son restos de carne de la cocina. Eso sí, solo los magros. Y verdura.

Suspiré y callé. Por supuesto, el problema no estaba en las comidas equilibradas que Isabel le servía a Annie, sino en que mi rechoncha compañera mendigaba segundas y terceras comidas en cualquier otro sitio, aprovechando cualquier ocasión. Y no, eso no era producto de mi educación, sino un resto de la estrategia de supervivencia que había seguido antes de que nos conociéramos.

—¿Ya has decidido qué vas a tomar?

Que la mujer más atractiva al oeste del meridiano de Greenwich, a mis ojos, encontrara tiempo para ocuparse también de mí me faltó poco para sumirme en un entusiasmo desenfrenado.

—La verdad es que ya lo sabía antes de entrar en este establecimiento.

—¿Una pinta, supongo?

—¿Sabes leer la mente?

—No, eres predecible.

Mientras aún buscaba una respuesta inteligente y a la

vez ingeniosa, mi teléfono, que había dejado sobre la mesa delante de mí, empezó a sonar con los primeros compases de *Smoke on the Water*.

Miré la pantalla.

Victoria.

—Lo siento, tengo que cogerlo.

—Claro que tienes que cogerlo. —Isabel también había podido leer el nombre.

¿Me equivocaba o la temperatura ambiente acababa de bajar dos grados?

—Espera con la cerveza, por favor —dije yo, mostrando ahora dotes casi proféticas. Cogí el móvil y respondí.

—Novak, necesito tu ayuda —oí la voz ronca de Victoria Marsh—. Y la necesito ahora mismo.

—¿De qué se trata? —Al menos esa información sí podía dármela de antemano.

—De un posible asesinato.

Durante tres segundos no dije nada. —¿No sería eso un caso para la policía? —me atreví a sugerir entonces.

—Si lo fuera, no te habría llamado a ti. Mueve ese culo tan mono y ven aquí ahora mismo.

Su intento de conseguir, con un cumplido, que yo tragara sin rechistar aquella orden inequívoca solo le funcionó a medias.

—¿Y qué saco yo de esto?

—Tu tarifa por horas y, si hay éxito, una prima.

¿Si hay éxito? Probablemente eso significaba que no solo tenía que atrapar a un asesino, sino, a ser posible, al

asesino correcto.

—Está bien —me resigné—. Estoy en el Crossroads en media hora. —Miré a Isabel, que en efecto había esperado en mi mesa hasta ese momento. Por curiosidad, supuse. —Lo siento, cariño, la cerveza grande tendrá que esperar. Victoria necesita mi ayuda.

—Ya me lo imaginaba.

Hizo aún más frío a mi alrededor.

La vi alejarse con pasos largos y elegantes. Blusa blanca, falda corta y negra, piernas perfectamente bronceadas...

El hocico frío y húmedo de Annie, que se me clavó en la palma de la mano, me devolvió a la realidad. —Sí, vale —murmuré—. Al menos tú has conseguido lo que querías.

* * *

Cuarenta minutos después, Victoria Marsh me recibió con un abrazo y un amago de beso en cada mejilla. Con ello dejaba claro que me veía más como amigo que como proveedor de servicios. Luego se dio la vuelta y se dirigió a la pequeña mesa para dos junto a la pared que, en días normales, le servía de oficina. Se tomó su tiempo para hacerlo, dándome así la oportunidad de admirar el balanceo de sus caderas, enfundadas en un vestidito blanco con el que haría buena figura junto a Marilyn Monroe sobre cualquier rejilla de ventilación.

—¿Qué quieres beber? —preguntó mientras se dejaba caer en su sitio habitual y, con un gesto de la mano, me señalaba el otro.

Miré su copa y cambié de opinión en el último momento. —Un Tanqueray Tonic está bien, gracias.

Tocó el botón que llevaba en la oreja y transmitió mi pedido al personal de la barra sin apartar la mirada de mí ni por un segundo.

Yo también logré, en efecto, sumergirme en sus ojos verdes de gata, aunque había suficientes alternativas. Las dos más interesantes las sujetaban dos tiras de tela blanca que se unían en su nuca bajo la melena rubia. A izquierda y derecha de la fina tela quedaba suficiente piel a la vista como para dar bastante margen a la imaginación de los hombres adultos. Puede que también a la de los bebés.

—Bueno, Vicky —fui al grano—. ¿Qué es esa historia tan disparatada que me insinuaste por teléfono?

Esperó un momento, porque en ese instante un tipo guapo y joven con polo rojo del Crossroads dejó delante de mí una copa de balón repleta de hielo. Ante mis ojos, rellenó la mitad del espacio restante con ginebra de la botella verde. Esperé a que terminara su tarea y luego vacié entero en el enorme vaso el botellín de tónica que le acompañaba. Quería —también en interés de Victoria— mantenerme razonablemente sobrio.

—Una amiga mía apareció muerta esta mañana en la playa —me explicó Victoria Marsh con una voz que ya no sonaba del todo serena. Cogió un sobre que estaba encima de un montón de papeles y sacó una foto.

Una foto de verdad, en papel de cartulina. Al parecer sacada de un marco, porque en los bordes el color aún no

se había desvaído. Mostraba a Victoria y a una pareja de más o menos su misma edad, unos cuarenta y cinco años, sonriendo juntos a la cámara. La mujer, a la que yo no conocía, no jugaba en la liga de una Vicky Marsh —¿quién lo hacía?—, pero yo la habría calificado de bastante atractiva. El hombre llevaba barba recortada y una pequeña barriga, y también parecía simpático. Los tres vestían de blanco, lo cual, al menos en el caso de Vicky, no me sorprendió.

—Esta es Rosie —explicó ella—. Rosemary Burns. Y este es su marido, Andrew.

¿Me equivocaba o el tono de su voz había cambiado ligeramente al pronunciar el nombre del hombre?

—¿Y Rosemary está muerta?

Asintió y sorbió por la nariz brevemente.

Miré con más atención. Sus ojos parecían algo enrojecidos. ¿Había llorado por su amiga muerta? Mi disposición a ayudarla creció más allá del vil metal.

—¿Y crees que alguien la mató? —deduje entonces.

—No se me ocurre otra explicación.

—¿Quién podría tener un motivo?

—Andrew, su marido, por ejemplo. Tienen juntos un bar que ahora mismo está en números rojos. Por eso él quiere vender, pero ella no. A él solo le importa el dinero; para ella era el sueño de su vida. Ahora, con su muerte, él tiene vía libre.

—Ya veo. —Reflexioné un momento y bebí un sorbo de la ginebra—. ¿Hay más sospechosos?

Victoria vaciló.

Lo interpreté como un sí.

—¿Sí? —pregunté entonces.

—No era una jefa fácil —logró arrancarse finalmente una respuesta la vampiresa que tenía delante.

¿Vacilaba porque Rosemary Burns se le parecía en eso? Victoria también exigía mucho y mandaba con mano de hierro.

—¿Qué dice la policía? —cambié de tema.

—Por ahora, nada.

—Un poco más de contexto, por favor.

—El cuerpo de Rosemary se descubrió más o menos por casualidad. Unos niños que jugaban. Estaba inmóvil en la playa, sobre su toalla, con la cabeza y la cara tapadas por un sombrero grande y unas gafas de sol. Otros bañistas que ocupaban los puestos junto al suyo avisaron enseguida al socorrista más cercano, que llamó por radio a los sanitarios.

—¿Estaba sola en la playa? ¿Y su marido? —pregunté en ese punto.

—En el momento de su muerte, Rosie estaba sola. Andy y ella habían bajado juntos a la playa por la mañana y también se habían bañado juntos. A las once menos veinte Andy se fue. Tenía que reunirse con dos proveedores en el bar. No sé más. Antes solo he hablado un momento por teléfono con él.

—¿Dónde está el bar?

—A dos calles de aquí. Un local pequeño, de ambiente

familiar.

—Vale, sigue —animé a Victoria—. Llegaron los sanitarios. ¿Y luego? —Sabía que ahora, en plena temporada alta, había puestos de socorrista a lo largo de toda la playa y dos o tres puntos de primeros auxilios, de modo que en caso de emergencia la ayuda podía estar en el lugar en cuestión de minutos.

—Constataron la muerte de manera extraoficial, aseguraron la zona e informaron a un médico y a la Policía Local.

Al médico para la constatación oficial de la muerte, a la policía para el trámite formal y para asegurar las pertenencias de la víctima, deduje. —¿Se sabe si aún vivía cuando su marido se marchó?

—Sí, eso es seguro. —Victoria asintió, visiblemente a su pesar—. Hay testigos que declararon que estaba en el agua cuando él se fue.

—¿Ya se ha interrogado a testigos?

—Solo superficialmente. A petición del médico, que quería acotar la hora de la muerte.

Asentí. —¿Dónde ocurrió?

—Unos doscientos cincuenta metros playa abajo, hacia el casco antiguo. ¿Conoces la Cervecería Casa Alemana?

Volví a asentir. Conocía el Deutsches Haus, había desayunado allí de maravilla más de una vez, o me había refrescado por la tarde con una pinta. Como en las inmediaciones había una docena larga de grandes hoteles, era comprensible que el matrimonio Burns se

hubiera alejado un poco del punto donde todo el mundo se agolpaba en la playa.

—¿Y luego?

—... trasladaron a Rosie a Villajoyosa, al tanatorio. Y la Policía Local se quedó con sus pertenencias.

—¿Qué causa de la muerte se determinó?

—Todavía ninguna.

—¿Todavía ninguna? ¿Pero ya se ha despejado el lugar? ¿Y ya está de nuevo abierto?

—En la playa de Levante, Novak. En plena temporada alta. ¿Qué esperabas? ¿Que cerraran la playa varios días?

Claro, Vicky tenía razón. *The show must go on.*

—Una zona de unos veinte metros cuadrados sigue acordonada con cinta hasta mañana, al menos. Extraoficialmente, sin embargo, se da por hecho una muerte natural —continuó ella—. Fallo cardíaco o circulatorio, o golpe de calor. Aquí eso pasa constantemente en esta época.

«Constantemente» era una ligera exageración, pero, desde luego, cada año morían varios cientos de personas en las playas de España, y junto con el ahogamiento, con diferencia la causa más frecuente, las otras dos mencionadas encabezaban la lista. Sobre todo en combinación con una cantidad de alcohol poco razonable.

—Pero tú no crees que ese sea el caso de Rosie, ¿verdad? —quise confirmar.

Victoria Marsh negó con vehemencia. —No. Eso son tonterías. Rosie estaba sana como una manzana y desde

luego no era imprudente en exceso. Llevan aquí más de diez años y están acostumbrados al clima. Y a esa hora del día, Rosie seguro que todavía no había bebido nada.

—Entonces crees que su marido la mató. Aunque en el momento de su muerte no estaba cerca de ella y, encima, probablemente tenga una coartada de hierro gracias a los proveedores, ¿no?

Mi atractiva interlocutora se encogió de hombros, y con ellos también todo el pecho. —Así es como yo lo veo. Y como con esa teoría no puedo presentarme ante la policía, quiero que me ayudes tú.

—Ajá. ¿Tienes ya alguna idea de cómo se supone que voy a hacerlo?

De nuevo su escote se elevó. —En eso confío plenamente en tus cualidades como investigador.

Fantástico. Los investigadores tampoco podían hacer milagros. Esperaba que ella lo tuviera claro. —¿Qué hay de las pertenencias de Rosie?

—Siguen en la Policía Local. Y me he asegurado de que, por ahora, se queden allí.

—Al menos eso —reconocí su mérito. Si es que iba a encontrar algún indicio de irregularidades en la muerte de Rosemary Burns, quizá fuera entre sus objetos personales. —¿Entonces tienes contactos en la policía? —quise confirmar.

—Tengo muy buena relación con la Policía Local. Por eso, en realidad, me alegro bastante de que la muerte todavía no se esté tratando como un crimen. En ese caso,

el asunto pasaría de inmediato a la Policía Nacional, y ahí ya me quedan pocas posibilidades de influir —confesó con franqueza—. Pero quizás debería presentarte primero a Andy Burns, el viudo. Porque, mira, ahí llega.

* * *

Andrew Burns parecía mayor que en la foto. La barriga había crecido, la barba estaba encanecida en algunas zonas y ya no la llevaba ni de lejos tan bien recortada. Además, tenía los ojos pequeños y la nariz grande. Llevaba unos bermudas beis con bolsillos de parche en los muslos y un polo rojo pálido que combinaba bien con el color de su cara.

—Vicky, tienes que ayudarme —soltó de golpe, jadeando, mientras se quedaba de pie junto a nuestra mesa.

A mí no me hizo ni caso.

—Siéntate un momento y cálmate primero. —Victoria Marsh había medido al recién llegado con la mirada y reaccionó con serenidad profesional.

Me levanté de un salto, me hice a un lado y le ofrecí mi asiento.

Lo rechazó con un gesto impaciente de la mano. —Para eso no tengo tiempo ahora.

Vicky me lanzó una mirada breve, quizás de reconocimiento, y señaló el asiento ahora vacío. —Por favor, Andy. Siéntate y bebe algo. Luego hablamos de todo con calma.

Andrew Burns vaciló un instante, pero pareció darse

cuenta de que con impaciencia no iba a llegar a ningún sitio. Así que se dejó caer en la silla libre sin una palabra de agradecimiento y pidió una cerveza. Que se hubiera dado cuenta siquiera de mi presencia era, cuando menos, dudoso.

A mí, sin embargo, eso no me molestaba lo más mínimo. Acerqué una silla de la mesa vecina y me senté de espaldas al local, en el lado libre de la mesa, mientras Vicky usaba el botón del oído para pedirle una cerveza a Burns.

—Este es Novak —me presentó después—. Novak, este es Andrew Burns. Su mujer falleció esta mañana. Ya te había hablado de ello.

Asentí y murmuré una frase de condolencias.

Pero Burns seguía sin prestarme atención.

—Tienes que ayudarme, Vicky —repitió en su lugar—. Tú tienes contactos con la policía.

Victoria Marsh miró a su interlocutor sin expresión alguna. —¿Ayudarte? ¿En qué?

—No quieren darme información sobre lo que le pasó a Rosie. No me dejan verla, y tampoco me dejan aún contratar a una funeraria. Sus cosas tampoco me las quieren entregar. ¿Puedes hacer algo? Creo que sospechan de mí.

Vicky y yo reprimimos ambos el impulso de mirarnos con complicidad. La única reacción que noté en ella fue que su mano derecha se crispó sobre la mesa y estuvo a punto de cerrarse en un puño.

—Eso va a ser difícil —afirmó Victoria—. La policía no

se deja meter mano en esos asuntos. Y tienes que admitir que la muerte de Rosie nos ha pillado de sorpresa a todos.

Él calló y se quedó mirando la mesa. —Sí —murmuró después—. Sí, es verdad.

—¿Tenía enemigos su esposa? —pregunté.

Me examinó con una mirada de total incompreensión.

—¿Quién es usted?

—Novak —explicamos Vicky y yo, pacientes y, además, al mismo tiempo.

—Es un buen amigo —continuó mi clienta—. Le he pedido que me ayude. Quiero que investigue un poco más de cerca las circunstancias de la muerte de Rosie.

—¿No lo entiendo? —Burns volvió a mirar a Victoria y se había puesto ligeramente más pálido.

—Quiero saber qué le pasó a Rosie —explicó la dueña del Crossroads con voz ahora muy firme—. Y Novak me va a ayudar con eso. Es de fiar y discreto. Eso también debería interesarte a ti. Sobre todo si crees que la policía sospecha de ti. Así que responde a sus preguntas, por favor.

Andrew Burns vaciló un buen rato. Se le notaba que en ese momento le habría gustado levantarse e irse. Sin embargo, justo entonces le sirvieron una cerveza grande.

Así que no se fue. En su lugar, asintió despacio y, según pareció, a regañadientes.

—Sí, lo entiendo. Perdona, Vicky. Todavía no he asimilado lo que ha pasado. Creo que sigo en shock.

Cualquier otra cosa habría sido un milagro. A mí

también me parecían un poco duros los métodos de Victoria. Aunque sospechara que el marido tenía algo que ver con la muerte de Rosemary Burns, no hacía falta tratarlo así por eso.

—¿Tenía enemigos su esposa? —repetí, intentando sonar todo lo suave y comprensivo que la situación requería.

Pareció funcionar, porque Andrew Burns se volvió ahora hacia mí casi con alivio. —Enemigos es una palabra fuerte. Seguro que hubo roces aquí y allá.

—Con empleados, según he oído.

Burns le lanzó a Victoria una mirada de reojo rápida y algo sombría, pero luego respondió con bastante disposición. —Rosie despidió la semana pasada a una empleada. Sin previo aviso. Y claro, ella no está muy contenta con eso.

—¿Cuál fue el motivo?

—Según Rosie, Milena robó. Pero yo creo que en realidad se trataba de librarse de su hermano. Porque él siempre andaba merodeando por el bar. Y mucho me equivocaría si no está metido en negocios turbios.

—¿Entonces la acusación contra Milena era falsa?

—No falsa. Se llevó comida caducada en vez de tirarla a la basura. Un despido por eso me parece exagerado.

Si esa era la opinión de Andrew Burns, ¿por qué no la había expresado y se había opuesto al despido?

—Pero Rosie ya había consumado los hechos antes de que yo pudiera intervenir —aclaró Andy Burns, como si

me hubiera leído el pensamiento.

—¿Hay alguien más? —insistí.

Burns negó con la cabeza. —Últimamente no.

—¿Y la gente que quería comprar su bar? —recordé—.

Ahora que su mujer ha muerto, probablemente ya no hay ningún obstáculo para cerrar el trato, ¿no?

Burns pareció afectado. ¿Es que de verdad no había pensado en ello todavía? ¿O había querido evitar sacar el tema?

Miré a Victoria. Su expresión había cambiado. De pronto parecía reservada, incluso hermética. Al parecer había tocado un punto interesante.

De nuevo Burns tardó mucho en decidirse a responder. —Un grupo de inversores —contestó finalmente, vacilante—. Un grupo al que ya pertenecen algunos de los clubes más grandes.

Volví a mirar de reojo a Victoria. Ella sabía perfectamente de quién se hablaba. Decidí, por tanto, no seguir presionando a Burns. Ya obtendría esa información más adelante.

—¿Es su bar tan grande como para ser tan importante para esa gente? —me extrañé.

—No se trata del bar —respondió Burns—. Se trata del terreno. Quieren controlar toda la manzana para poder derribar los edificios pequeños y levantar uno de sus megaproyectos. —Burns titubeó un momento—. Creo que ese fue el motivo principal por el que Rosie se opuso tanto a la venta. Sabía que eso significaría el derribo del

bar. Y eso quería evitarlo a toda costa.

—¿Entonces no se trata solo del bar, sino de mucho más?

—De cifras de millones, con dos dígitos —intervino ahora también Victoria Marsh.

La miré fijamente. ¿De verdad quería hacerme creer que Andrew Burns era el único candidato con un motivo para eliminar a su mujer? Estuve a punto de tirarle el trabajo a los pies. Novak y Annie desde luego no éramos los indicados para enfrentarnos a tiburones inmobiliarios con medios casi ilimitados y, por lo general, pocos escrúpulos. Lo siguiente sería que me dijera que la mafia rusa o la albanesa tenían las manos metidas en el asunto.

Gracias, pero no, gracias.

—¿Va a vender ahora? —le pregunté a Burns, solo para llevar el tema a una conclusión provisional.

Asintió. —Ya no hay nada que me retenga aquí —suspiró—. Cerré el bar en cuanto me enteré de la muerte de Rosie. Y probablemente no vuelva a abrirlo. Para mí, aquí se ha acabado. Volveré a Inglaterra en cuanto pueda.

Volví a cruzar una mirada con Victoria. Noté que ella seguía sospechando de Burns, y su empeño en abandonar el país parecía confirmar sus sospechas.

Yo, en cambio, lo veía de un modo bastante más matizado. Cuando hay cifras millonarias de por medio, normalmente no hace falta buscar mucho más para encontrar motivos y sospechosos. Y el empeño de Burns por cerrar el trato deprisa lo entendía yo desde más de un

punto de vista. La muerte de su mujer no solo le arrebató a la persona a la que quizá había querido más de lo que Victoria estaba dispuesta a reconocer. También le arrebató a su compañera, su compañera de viaje, su motivación para librar una batalla que probablemente ya estaba perdida de antemano. Encontrar un cierre limpio y dejar atrás recuerdos dolorosos era una actitud que precisamente yo podía entender más que de sobra.

Ahora solo esperaba a que Burns se marchara para poder hablar claro con Victoria. Tampoco tardó más de cinco minutos: Burns se terminó la cerveza y se despidió. Lo seguí con la mirada. Caminaba con la espalda muy erguida, los hombros levantados, muy recto. Seguramente contaba con que lo estuviéramos observando.

—Quiere largarse —dijo Vicky Marsh en cuanto Andrew Burns quedó fuera del alcance del oído—. Tenemos que darnos prisa.

Puse los ojos en blanco. —¿En serio? ¿Todavía crees que él está metido en esto? ¿Aunque para otra gente se trate de cifras millonarias? ¿Quién está detrás de esos inversores? ¿Los rusos? ¿Los albaneses?

Victoria apretó los labios.

—Vale, yo lo dejo —dije—. No soy el Equalizer.

Sus labios se curvaron en una sonrisita apenas perceptible. —Ya lo sé. Tampoco te atribuiría yo tanto altruismo —replicó con un deje burlón. Después volvió a ponerse seria—. Una propuesta de conciliación, Novak.

Averigua para mí qué le pasó a Rosemary. Cuando sepamos qué ocurrió y quién puede estar detrás, volvemos a negociar.

Lo pensé. Claro que me interesaba saber qué había pasado. Y el dinero también me venía bien. Al contrario que cierto cuadrúpedo, a mí nadie me mantenía gratis. O quizás había dado demasiados sorbos al gin-tonic. En cualquier caso, cedí.

—Quiero echar un vistazo a las cosas que Rosemary llevaba consigo en la playa —gruñí—. Y a ser posible, hoy mismo.

—Llamaré y te anunciaré —prometió Victoria Marsh. Su influencia sobre la Policía Local era, al parecer, bastante mayor de lo que había querido admitir delante de Andrew Burns.

SEGUNDO ACTO:

¿SOLO UNA CUESTIÓN DE DINERO?

—¿Es una broma?

—No, un Moke. Un Mini Moke, para ser exactos.

—¿Y se supone que tengo que subirme a eso?

—También puedes pedir un taxi. Aquí ya hay Uber, además.

Victoria cerró los ojos y negó con la cabeza. Después dirigió la mirada hacia Annie, que había esperado a mi lado a la sombra del vehículo. —¿Y tú? ¿Piensas sentarte en mi regazo, o qué?

Annie clavó sus ojos marrones y tristes en Victoria y se acercó bamboleándose, moviendo la cola, dejó que mi acompañante le acariciara la cabeza de color marrón claro y a continuación, con un salto sorprendentemente ágil, se subió a la bañera de chapa roja, sin que sus ubres flácidas la estorbaran en lo más mínimo.

—Insististe en acompañarme —le recordé a la dama rubia.

—No, quien insistió fue la Policía Local. O más bien, no querían dejarte solo con las pruebas. —Zanjó el intercambio dejándose caer, con una elegancia aún mayor que la de Annie, en el asiento del copiloto.

Cinco minutos después entrábamos en el aparcamiento del edificio de la policía. Ya nos esperaban allí. El agente

tenía más o menos mi edad y me examinó solo un instante antes de dirigirse a Victoria. —¿Señora Marsh? Inspector Morales. Sígueme, por favor.

Nos condujo por un pasillo corto a la izquierda de la entrada, abrió una puerta y nos dejó entrar. La sala era pequeña y de mobiliario escaso. Una mesa y cuatro sillas, dos de nuestro lado, dos junto a la pared del fondo. Sobre la mesa había dos bolsas de plástico grises, una algo más llena que la otra.

El inspector, que había entrado en la sala después de nosotros y había cerrado la puerta a su espalda, señaló la más grande. —Señora Burns. —Después la otra—. Señor Burns. —Nos entregó guantes desechables azules—. Pónganselos y no alteren nada.

Hice lo que me indicaba; Victoria pasó. Al parecer no tenía intención de participar activamente en el registro.

Cogí la bolsa más grande y vacié su contenido con cuidado sobre la mesa.

Una toalla de playa de tamaño habitual y buena calidad. Un vestido de verano blanco y fino, de estampado floral. Unas gafas de sol de cristales llamativamente grandes. Un sombrero de sol trenzado de ala ancha. Y un par de sandalias de playa con cuñas de rafia de una altura que hacía pensar que su propietaria valoraba más la estética que la comodidad. Prendas que habría llevado de camino a la playa, como otras mil personas más. Nada de eso llamaba la atención ni resultaba fuera de lo común, aunque la mayoría de las mujeres en la playa

probablemente preferirían tacones más bajos o chancas.

Dirigí ahora mi interés hacia los demás objetos que Rosemary Burns llevaba consigo: un bote de plástico con crema solar y un tubo de plástico con una crema cuya función se me escapaba. Se lo enseñé a Victoria y levanté las cejas en actitud interrogante.

—Un *moisturizer* —respondió ella, como si eso lo explicara todo.

Dejé el tubo en su sitio y seguí revisando los objetos. Una novela de bolsillo, al parecer una novela romántica, una revista, una carpeta delgada con algunos papeles. La abrí, la puse sobre la mesa y volví a mirar a Victoria.

Esta vez sí se puso un guante, se acercó y empezó a estudiar los papeles, mientras yo hojeaba el libro y la revista en busca de notas escondidas.

Sobre la mesa solo quedaban ya un paquete de pañuelos de papel, un teléfono móvil y una bolsa de playa grande de mimbre trenzado en la que, al parecer, se habían transportado todos los demás objetos.

—¿Puedes desbloquear esto? —le pregunté a Victoria, señalando el móvil.

Levantó la vista un momento y negó con la cabeza. —No, ni idea.

Mierda. Renuncié, delante del inspector, a hacer intentos de adivinar el código de acceso, para no molestarlo. Era más importante poder volver aquí si hacía falta. Así que fotografié los objetos uno por uno y luego volví a guardarlo todo en la bolsa. Todo excepto la carpeta,

que Victoria seguía revisando.

Después cogí la otra bolsa y también vacié su contenido sobre la mesa. El contenido era, en efecto, aún menos espectacular: una toalla de playa de tamaño y calidad comparables, una novela policiaca de Agatha Christie, una camisa azul de manga corta con loros verdes y amarillos y un mechero negro sencillo. Registré los bolsillos del pecho de la camisa, pero no encontré nada. Así que volví a enrollarla, fotografié también aquí todos los objetos uno por uno y los coloqué de nuevo en la bolsa.

Victoria, mientras tanto, había terminado de hojear la carpeta. Sacó su teléfono móvil del bolso e hizo ademán de fotografiar también las páginas una a una. Pero entonces el inspector puso objeciones. —Lo siento, señora Marsh, eso no puedo permitirlo.

Entendía su postura. Una cosa era dejarnos echar un vistazo a los objetos encontrados. Y otra muy distinta, entregar a terceros información potencialmente confidencial procedente de las pertenencias de la víctima.

Tampoco Victoria puso objeciones a la decisión. Le dio las gracias con educación y, un minuto después, ya estábamos de nuevo en el Moke.

—¿Te han dicho algo los papeles que nos pueda servir?
—le pregunté.

Negó con la cabeza. —No directamente. Aunque por las cuentas he podido ver que al bar le iba económicamente bastante peor de lo que yo pensaba. Si me preguntas a mí, la venta era realmente la única opción que les quedaba, si

es que querían salir de todo esto con algo de beneficio.

—¿No se dio cuenta Rosemary de eso? —levanté las cejas—. ¿O tenía un plan que a nosotros se nos escapara?

—Puede que estuviera jugando fuerte para seguir subiendo el precio —aventuró Victoria con cautela—. Pero, la verdad, esa no era la impresión que yo tenía.

Guardé silencio y reflexioné un momento. Antes de considerar otro móvil que no fuera el dinero, primero tenía que hablar con la empleada y con su hermano.

—¿Y qué piensas hacer ahora? —quiso saber Victoria enseguida.

Se lo dije. —¿Sabes dónde puedo encontrar a esa tal Milena?

—Eso puedo averiguarlo por ti. ¿Puedo hacer algo más?

—Depende de cuánto valga para ti resolver esto —respondí.

Levantó sus cejas perfectamente perfiladas. —¿Qué quieres decir?

—Deberíamos lanzar un llamamiento en las redes sociales más populares y buscar vídeos grabados por los curiosos. Puede que haya alguno que muestre a Rosemary antes de que se descubriera su muerte.

—¿Qué es exactamente lo que quieres que haga? —Victoria era lo bastante lista como para seguir mi razonamiento de inmediato.

—Ofrece una pequeña recompensa por cada vídeo que nos muestre a Rosemary, y una cantidad mayor para la aportación que nos ayude a resolver el enigma de su

muerte.

Se lo pensó un momento. —¿Cincuenta euros y quinientos euros?

Al parecer estaba dispuesta a invertir bastante en la investigación del caso. Al fin y al cabo, mis servicios tampoco salían precisamente baratos.

—Suenan bien —accedí. Después arranqué el motor y llevé a Victoria de vuelta al Crossroads.

* * *

—¿Y bien? ¿Ha llegado ya la hora de la primera pinta?

Suspiré y pensé en el gin-tonic tan generoso que había disfrutado en compañía de Victoria. —Por desgracia, todavía no. Hoy tendré que ir por lo menos una vez más a Benidorm.

—Ah, ya.

—Trabajo —me justifiqué sin que nadie me lo pidiera.

—¿Trabajo? —Isabel levantó una ceja como solo Isabel sabía hacerlo.

—Esta mañana ha habido una muerte allí —continué explicando.

—Lo he leído. Ya está toda la red llena de eso. —Isabel frunció ahora el ceño, como solo Isabel sabía hacerlo—. ¿Qué tienes tú que ver con eso? —Ya no sonaba fría, sino curiosa y también algo preocupada.

—La muerte es una amiga de Victoria. Y ella no cree en una causa natural. Por eso me ha pedido ayuda.

—¿Y la policía?

—Por ahora sigue pensando en una causa natural.

Todavía no está decidido si habrá autopsia. Pero al menos aún no han liberado el cuerpo ni las pertenencias personales de la víctima.

—¿Qué vas a hacer?

—Interrogar a testigos, ver vídeos. Y cuando la playa se haya vaciado, también echaré un vistazo al lugar donde encontraron el cuerpo.

—Seguro que está acordonado y vigilado, ¿no?

—Victoria tiene contactos.

—Sí, ya lo sé. Ten cuidado con ella.

Vaya. ¿Acababa Isabel de advertirme sobre Victoria? ¿Y cómo debía interpretar eso? ¿Como una expresión inesperada y muy sutil de cariño? ¿O como celos entre mujeres? ¿O como la transmisión de una experiencia bien fundada?

Si era esto último, ¿de dónde sacaba Isabel ese conocimiento? Se me vino a la cabeza Nestor, su hermano mayor. Él tenía aquí en Altea contactos tan buenos como los de Victoria en Benidorm. ¿Habría entre ambos algún tipo de vínculo, o incluso algún roce? Me inclinaba a pensar que la experiencia de Isabel era la opción más probable. Una pena. El cariño me habría gustado más. Aunque, claro, una cosa no excluía del todo la otra.

—¿Tienes ya algún deseo? Seguimos siendo un bar, no una sala de espera —Isabel volvió a cambiar al plano profesional.

Lo pensé solo un momento. —Tráeme una clara grande, por favor —pedí en contra de toda sensatez.

—¿Con Fanta o con Casera?

Me decidí por la gaseosa menos dulce y, además, sin calorías, para no acabar pronto rechoncho como Annie, que dormitaba plácidamente a mi lado, a la sombra de la pared.

Isabel apenas me había servido la mezcla de cerveza y gaseosa a partes más o menos iguales cuando recibí un mensaje en el móvil. Victoria no había perdido el tiempo. Ya habían llegado los primeros vídeos de aficionados desde la playa, y Milena vendría a buscarme sobre las cuatro al Bar Maria.

Miré el reloj. Las tres y media. Muy bien. Podría aprovechar el tiempo para revisar los primeros vídeos. Satisfecho, di un trago largo de la jarra de cristal y, segundos después, sentí cómo el alcohol, en dosis moderadas, ya empezaba de nuevo a hacerle cosquillas a mi sistema nervioso. Y como si solo hubiera estado esperando ese estímulo, mi cabeza se presentó de inmediato con dos nuevas ideas.

La primera era incómoda. Estaba cada vez más convencido de que, al registrar los objetos recogidos en la playa, se me había pasado algo por alto. Pero la sensación era tan difusa que no sabía por dónde empezar a darle vueltas.

La segunda era más prometedora. Le hice una seña a Isabel, y en cuanto su tiempo se lo permitió, volvió a mi mesa.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó, refiriéndose

seguramente a la carta.

—¿Cómo de bien conoces el Strip de Benidorm?

—No es mi mundo. Pero, claro, sé dónde está el Crossroads.

Le mencioné algunos nombres más. —¿Conoces también esos bares?

—Solo de nombre. ¿Por qué?

—Al parecer, la manzana donde están esos bares va a demolerse y reconstruirse por completo.

—De eso no sé nada. —Su mirada recorrió la terraza. Otro cliente ya intentaba llamar su atención.

—¿Y Nestor? ¿Sabrá él algo al respecto? ¿Quién está detrás del proyecto y esas cosas?

—Ni idea. Eso tendrás que preguntárselo tú mismo.

—Empezó a apartarse de la mesa.

—¿Lo harías tú por mí? Ya sabes que a mí no me tiene especial simpatía.

Me observó con una mirada indefinible y se dio la vuelta sin decir nada.

La seguí con la mirada, esperando que su calidez de corazón no se extendiera solo a Annie. Después le di otro trago a la jarra y cogí el móvil. Al menos por encima, quería revisar los primeros vídeítos amateur que habían llegado. En cuanto estuviera esta noche en casa, delante de la pantalla más grande del ordenador, los inspeccionaría todos con más detalle.

En los vídeos no se veía gran cosa. La mayoría de los espectadores habían empezado a grabar solo cuando el

socorrista ya estaba inclinado sobre la muerta, y para ese momento ya se había arremolinado tanta gente curiosa alrededor del lugar que apenas se distinguía nada de Rosemary Burns en las imágenes. Casi todas las cámaras seguían después el traslado del cuerpo. Solo dos mostraban después el lugar, ya casi desierto, y cómo dos agentes de la Policía Local delimitaban un cuadrado grande y lo aseguraban con cinta amarilla y negra.

—¿Eres Novak? —oí una voz femenina y levanté la cabeza.

—¿Milena?

La joven —de unos treinta años, calculé— asintió. Tenía el pelo pelirrojo natural, piel pálida y pecas, y era atractiva de una forma peculiarmente salvaje. Llevaba una camiseta blanca, una falda vaquera corta y chanclas en los pies. Alrededor de su cintura estrecha llevaba abrochada una riñonera.

—¿Querías hablar conmigo?

Su voz sonaba áspera, y hablaba con un acento claramente perceptible.

—Siéntate. ¿Quieres tomar algo? Invito yo —abrí la conversación.

—Una Coca-Cola —respondió lacónica y se dejó caer en la silla frente a mí.

—¿Te has enterado de que Rosemary Burns ha muerto?
—quise confirmar.

—Sí, lo siento.

—¿Aunque te despidiera?

Milena se encogió de hombros. —Era de esperar.

¿Cómo? ¿Que la despidieran, o que ella muriera?

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Ella solo buscaba un motivo para echarme. Era solo cuestión de tiempo que encontrara uno.

La conversación transcurría de un modo muy distinto a como me lo había imaginado. Aproveché la ocasión para pedir la Coca-Cola y usé la breve pausa para pensar.

—O sea, que quería despedirte, fuera cual fuera el motivo —deduje entonces.

—Correcto.

—¿Y por qué?

—No le caía bien.

Guardé silencio tres segundos. Milena respondía deprisa y, por lo que yo podía juzgar, con franqueza.

—¿Había algún motivo para eso?

Volvió a encogerse de hombros.

Isabel sirvió la Coca-Cola y Milena bebió un sorbo enseguida.

—Según he oído, tienes un hermano —insistí.

Por primera vez, la expresión de mi interlocutora cambió. Me pareció detectar tensión. Y algo más. ¿Una especie de alivio? ¿Había acaso otro motivo por el que Rosemary Burns no soportaba a Milena, algo que la joven no quería mencionar?

—¿Quién eres tú, en realidad? ¿Con qué derecho me haces esas preguntas? —se defendió ahora también, un poco.

—¿No te han dicho nada?

—Andy me dijo que hablara contigo. Que es por lo de la muerte de Rosie. Es lo único que sé.

—Investigo, por encargo, las circunstancias de la muerte —le expliqué—. No soy la policía, pero por lo general la gente prefiere hablar conmigo antes que con los polis.

—¿Por encargo de quién?

Ignoré la pregunta. —Volviendo a tu hermano. Según tengo entendido, pasaba mucho tiempo en el bar. ¿Hubo problemas con Rosemary por su culpa?

—Él no le ha hecho nada a nadie —afirmó la pelirroja—. Solo quería estar cerca de mí.

Volvió a coger el vaso, y me pareció que le temblaba un poco la mano.

—¿Dónde estabas esta mañana entre las once y las doce?

—En casa.

—¿Puede confirmarlo alguien?

—Dimitri. Mi hermano.

—Tendré que hablar también con él —aproveché la ocasión.

En lugar de responder, metió la mano en la riñonera, sacó un móvil y dijo unas frases en un idioma que no reconocí al micrófono.

—Viene a buscarme ahora mismo —dijo después—. Quizás también él esté dispuesto a responder a tus preguntas.

—¿Puedes contarme mientras tanto algo más sobre la relación entre Rosemary y Andrew Burns?

—¿Qué quieres que te cuente?

—¿Se llevaban bien?

Milena se encogió de hombros por tercera vez. —Como se lleva un matrimonio de tantos años. Siempre había alguna que otra diferencia de opinión, pero en general parecía irles bien.

—¿Diferencias de opinión sobre qué?

De nuevo Milena vaciló un momento antes de responder.

—Sobre cómo llevar el bar, por ejemplo. No facturaban mucho. Rosie quería invertir en nuevo equipamiento y programa de entretenimiento; Andy prefería ahorrar el dinero.

—He oído que hubo conversaciones sobre vender el bar.

—De eso no sé nada.

La respuesta llegó rápida. Y, al mismo tiempo, Milena no mostró ningún signo de sorpresa al oírlo. Pero antes de que pudiera profundizar en esa contradicción, un tipo moreno y fornido se acercó a nuestra mesa. Tendría más o menos la edad de Milena y me examinó con una mirada que me pareció fría y desconfiada.

Milena volvió la cabeza, y me pareció que se estremecía ligeramente al verlo.

Los dos intercambiaron unas frases en su idioma, y luego Dimitri se dirigió a mí.

—Déjanos en paz. No tenemos nada que decirte.

—Milena dice que esta mañana estuvo contigo
—pregunté sin inmutarme.

—¿Y qué si es así? No es asunto tuyo.

Miré a Milena. Él no había hecho estallar del todo su coartada, pero se negaba, por puro despecho, a confirmarla. Eso no podía gustarle a ella. En consecuencia, las siguientes frases que le dirigió sonaron igual de venenosas, aunque tampoco las entendí.

Dimitri cedió entonces de inmediato. —Claro que Milena estuvo conmigo. Todo el día. —Le agarró del brazo—. Y ahora vámonos.

—Tú decides —le dije a Milena, para que supiera que, si hacía falta, la respaldaría frente al patán.

Pero ella se levantó sin decir nada más, me hizo un gesto de asentimiento y dejó que su hermano se la llevara.

Saqué un billete de diez de mi bolsillo, lo dejé bajo mi vaso y observé cómo los dos se dirigían hacia la siguiente calle transversal y doblaban por ella. En cuanto quedaron fuera de mi vista, me levanté, miré primero a Isabel y luego a Annie, y me puse en marcha para seguir a la extraña pareja de hermanos.

* * *

No me decepcionaron. Al doblar la esquina de la casa, la bronca ya había empezado. Lo bastante fuerte como para oír las palabras que se cruzaban los dos. Aunque para ello usaban su lengua materna.

Pero yo no había nacido ayer. Ya llevaba el móvil listo en la mano y activé la función de traducción con reconocimiento automático de idioma.

Rumano. No me sorprendió. Había muchos rumanos en

España. Entre otras razones, porque el rumano también era una lengua romance. Y, por tanto, muy parecida a otras lenguas romances como el español y el italiano, al menos en lo que se refería a las raíces de las palabras. Para un rumano, por tanto, era mucho más fácil aprender español que una lengua extranjera no romance.

Estaba demasiado lejos como para conseguir una grabación completa y de calidad suficiente de lo que decían. Y procuraba mantener con cuidado la distancia lo bastante grande como para que no se dieran cuenta de mí de inmediato. Pero los retazos de frases que el micrófono de mi móvil lograba captar tenían su miga. Si la aplicación no me estaba traduciendo puras tonterías, lo que ahora podía leer en la pantalla arrojaba una luz completamente nueva sobre la historia. Al parecer, Andrew Burns había desarrollado hacia Milena sentimientos que iban mucho más allá de lo apropiado para un jefe. Y Milena, según su hermano, no los había rechazado, o al menos no lo suficiente. También me enteré del motivo del enfado de Dimitri. Pero esa información tendría que verificarla antes de poder incorporarla a mi acopio de hechos.

Logré escucharlos a escondidas durante casi dos minutos antes de que se percataran de mi presencia y se callaran.

Dimitri le indicó a Milena con un gesto enérgico de la mano que esperara y se acercó a mí con expresión sombría. A Annie eso no le gustó nada. Erizó el pelo del

cuello y empezó a gruñir suavemente.

—Shhh —siseé bajito, y de hecho se calló, aunque mantuvo su postura amenazante.

—¿Qué se supone que es esto? ¿Nos está siguiendo? —me espetó Dimitri en cuanto llegó a distancia de golpe.

Había tenido la precaución de ocultar el móvil, que ya había hecho desaparecer en el bolsillo trasero de mis vaqueros. —No, en absoluto. Supongo que llevamos el mismo camino, ¿no? Iba hacia el aparcamiento grande que hay detrás del ayuntamiento.

Señalé en esa dirección, que hasta el momento coincidía con la nuestra. No era una hazaña especialmente profética, ya que cualquier visitante de fuera que quisiera llegar a esa parte del paseo marítimo dejaría allí su vehículo. Dudaba que me creyera, pero ¿qué iba a hacer?

—Déjenos en paz —masculló con un tono amenazante y luego se largó.

Dejé ahora que los dos se alejaran lo suficiente, pero de todos modos ya habían bajado la voz, así que por mucho que quisiera no podía captar nada más. Miré el reloj. Para cuando llegara a la playa de Benidorm serían las cinco y media, quizá más tarde. Podía convertir mi excusa en realidad de una vez. Con Annie, ahora de nuevo paseando relajada de la correa, emprendí el camino hacia el aparcamiento.

* * *

Nunca afirmarí que Annie ha sido educada de ninguna manera —al menos no por mí—, pero últimamente había

algo que, por algún milagro, funcionaba a la perfección. Cuando le pedía que me esperara en algún sitio, lo hacía sin rechistar. Podía dejarla a la sombra del Moke, con Isabel en el bar, o en la terraza del Crossroads. Su confianza en mí era ya lo bastante grande como para que se hiciera un ovillo allí y ejercitara la paciencia. Al menos durante un tiempo razonable.

Como sabía que a los perros les tenían terminantemente prohibido pisar la playa, dejé a Annie a la sombra de un banco y seguí el camino de tablones de madera hasta la orilla. Para entonces, la mayoría de los bañistas ya habían vuelto a los hoteles o a los chiringuitos para prepararse, de una forma u otra, para la noche. La zona acordonada se encontraba muy cerca del paso de madera, a solo unos diez metros de la línea del agua. Un indicio claro de que el matrimonio Burns había madrugado bastante.

Caminé por la arena blanda hasta el precinto y le di una vuelta completa. No entré en la zona acordonada. Si todavía quedaba algo por encontrar allí, mejor que no fuera yo quien lo encontrara. Lo que más me interesaba de momento era observar bien el lugar de los hechos: la distancia hasta el agua, la altura exacta respecto al paseo marítimo y las características del entorno. Y la posición exacta, que ahora guardé en forma de coordenadas GPS en el móvil.

Cuando volví al paseo marítimo, ya me esperaba un agente de la Policía Local. No habían apostado guardia en el sitio, pero, por lo visto, sí vigilaban la zona acordonada.

—¿Buscaba usted algo en concreto ahí abajo? —quiso saber el oficial.

—No —respondí con sinceridad—. Solo quería hacerme una idea del lugar. —Sonreí con timidez—. El inspector Morales sabe que me interesa el caso. He hablado con él esta misma tarde.

No era más que la verdad. Y como no había infringido ninguna norma, eso debería bastar para satisfacer la curiosidad del agente.

En efecto, asintió con expresión impasible. —¿Sabe que no puede dejar al perro sin vigilancia?

¿En serio? —Solo estuve fuera cinco minutos y tuve a Annie controlada en todo momento.

Por suerte, se limitó a una advertencia. —Recuérdelo la próxima vez.

Se lo prometí, recogí a Annie e hice aquello de lo que el agente me había impedido hasta ese momento: fotografié los edificios del paseo marítimo situados en las inmediaciones del lugar del hallazgo. Después cogí el teléfono y toqué uno de mis iconos de marcación directa.

—Jasper —saludé a mi primo, que además de neerlandés era una especie de genio informático—. ¿Tienes tiempo para hacerme un pequeño favor?

—Depende de lo pequeño que sea, Novak —respondió tras un breve titubeo.

—Ahora mismo te mando una ubicación. ¿Puedes comprobar si está dentro del campo de visión de alguna cámara web pública? Y, si es así, ¿quién opera esa cámara?

—¿Eso no puedes hacerlo tú mismo?

—Tú seguramente encuentras el doble de cámaras activas que yo. Mi habilidad de búsqueda termina justo detrás del cuadro de texto de Google.

—En eso tienes razón. Supongo que corre prisa.

—Si quiero tener alguna posibilidad de que haya grabaciones guardadas, sí.

—Vale, me pongo con ello en cuanto termine la tarea que tengo ahora.

Nos despedimos, y le mandé de inmediato las coordenadas y las fotos que acababa de tomar. Después me pregunté si debía hacerle a Victoria una última visita, o si por fin podía dejar que la encantadora Isabel me sirviera mi merecida pinta.

—Disculpe —me abordó en ese momento un transeúnte completamente desconocido para mí—. ¿Tiene fuego?

—No, lo siento —respondí—. No fumo.

TERCER ACTO:

DE PRONTO TODO COBRA SENTIDO

Tardé ocho horas en darme cuenta de lo que había dicho. No es una hazaña detectivesca digna de aplauso, pero al menos así logré resolver el enigma dentro de las veinticuatro horas. Pero vayamos por partes:

Primero se puso en contacto Jasper con la noticia de que, en efecto, había una cámara web que cubría la zona en cuestión. La resolución era demasiado baja para identificar personas, pero al menos deberían distinguirse movimientos en la playa y entre las tumbonas.

Informé de inmediato a Victoria, para que pudiera hacer valer sus contactos y su influencia. Después me crucé de dedos yo mismo, esperando que de las retransmisiones en directo se hubieran guardado grabaciones.

Renuncié a hacerle otra visita a Victoria, porque para entonces el Crossroads ya debía de estar bastante lleno. En su lugar, decidí modificar ligeramente mis planes para el resto de la tarde. Pasé por mi domicilio, dejé aparcado el Moke y me subí a la caravana. La llevé hasta Altea, al gran aparcamiento detrás del ayuntamiento, y la aparqué del todo al fondo, en el borde, donde estaba más tranquilo. Metí el portátil en la bolsa y me fui sin más rodeos a mi bar favorito. Todavía era lo bastante pronto como para encontrar un sitio apartado en la terraza,

donde podría pasar el resto de la tarde con cerveza y viendo vídeos.

Como llevaba la cama conmigo, hoy ya no tenía que preocuparme por los límites de alcohol en sangre. Así que por fin pude satisfacer el deseo de Isabel de servirme una pinta. Por supuesto, no sin que antes Annie recibiera su agua, faltaría más. Cuando mi amada me sirvió la cerveza grande en una jarra escarchada, me hizo doblemente feliz de golpe:

—He hablado con Nestor, Novak. Él y Silvia están invitados esta noche a una recepción y no tenían tiempo para mí. Pero Silvia pasará mañana por la mañana por aquí, por el bar, y estará encantada de responder a todas tus preguntas sobre los inversores.

—Eres un tesoro, Isabel —le agradecí, quizás con un entusiasmo algo excesivo. Aunque, la verdad, mi ánimo acababa de subir considerablemente.

Silvia, la mujer de Nestor, era la única persona de la familia de Isabel a la que yo le caía bien sin reservas, y me lo hacía notar en cada uno de nuestros escasos encuentros. Además, en ella se cumplía lo que se cumplía en la mayoría de las mujeres de hombres de éxito: solían estar tremendamente infravaloradas. En realidad, sin su ayuda decidida, por lo general no funcionaba nada. Lo más probable era que Silvia pudiera responder a todas mis preguntas. Y si no era así, conseguiría cualquier información con una simple llamada, porque socialmente estaba tan bien conectada como su marido, o más.

Me bebí de un trago la mitad de la jarra. Después le guiñé un ojo a Annie. —Va bien.

Ella se sacudió a modo de respuesta y se tumbó junto a la pared, encajando su hocico largo entre el muro y el cuenco de agua. Segundos después ya se había dormido.

Abrí el portátil y comprobé que había recibido un mensaje nuevo. Era de Victoria. La cámara web que nos interesaba formaba parte de un sistema de vigilancia propio de un hotel, en el que se guardaban durante veinticuatro horas las grabaciones de todas las cámaras. Un miembro del personal del hotel se había tomado la molestia, por Victoria, de copiar toda la mañana de grabaciones de la webcam. Y ese archivo de vídeo lo encontré adjunto al correo.

Puse la reproducción en marcha y necesité un par de minutos para orientarme. Después, gracias a mis propias fotos, las que había hecho durante mi inspección del lugar, localicé en la imagen el punto donde se habían instalado Rosemary y Andrew Burns. Adelanté hasta el momento en que extendían sus toallas. No pude reconocerlos; de hecho, era imposible siquiera distinguir entre hombre y mujer. Las figuras se veían reducidas a pequeñas siluetas grisáceas. Pero la posición coincidía.

Las nueve y media. Seguí adelantando hasta que Andrew —supuse que era él— se levantó de su toalla y abandonó la playa. Eran ahora aproximadamente las diez y cuarenta. Encajaba con una cita a las once. A partir de ahí avancé minuto a minuto, para localizar el momento en

que Rosemary volvía del agua y, al mismo tiempo, comprobar si mientras tanto alguien se había acercado a las toallas vacías. Esto último no había ocurrido.

Las diez y cuarenta y siete. Rosemary —supuse yo— volvió a su sitio, se tumbó en su toalla y a partir de ese momento ya no se la podía distinguir en el vídeo como figura individual. Desde ese instante puse el vídeo en reproducción fotograma a fotograma, aunque al doble de velocidad, para no acabar borracho antes de que apareciera la policía en la playa.

Eso había ocurrido a las once y cincuenta y cuatro. En los ocho minutos anteriores se había descubierto la muerte de la mujer, un socorrista se había acercado, habían llegado los sanitarios, y un grupo de curiosos, creciendo poco a poco, se había formado alrededor del punto donde ahora solo se podía intuir a Rosemary Burns. En la hora transcurrida entre los dos puntos de referencia no había pasado nada. Nada de nada.

Nadie se había acercado a las toallas, nadie se había agachado, y nadie le había asestado a la mujer —por así decirlo— el golpe mortal. Había gente paseando de un lado a otro por la orilla, bañistas que pasaban cerca de la mujer camino del mar o que volvían de allí tras el baño. Pero ninguno de ellos se había acercado siquiera a Rosemary Burns.

—Merde —maldije en francés, porque mi madre me dijo una vez que en ese idioma se podía decir cualquier cosa y siempre sonaría bien.

Ese vídeo exculpaba a todo el mundo. Rosemary Burns había salido del mar como una rosa y, escasa una hora después, había aparecido muerta. Sin intervención de terceros, según parecían demostrar las imágenes de la retransmisión en directo. Aquello no podía ser, de ninguna manera, un asesinato. Empecé a creer en la teoría de una muerte natural, por calor o por alcohol. Pero yo no era teólogo, sino investigador. Creer no era mi trabajo.

Volví a fijarme en los vídeos de aficionados. Su número se había duplicado a lo largo del día, pero los que se habían añadido nuevos, según pude comprobar tras una revisión exhaustiva, no aportaban ningún dato nuevo. Casi todos mostraban, con más o menos claridad, cómo el socorrista, poco después del hallazgo —que ningún vídeo mostraba—, hacía un primer reconocimiento del cuerpo inerte y avisaba a los sanitarios. Estos llegaron corriendo, ya los dos juntos, un minuto después, y mientras uno empezaba de inmediato con el masaje cardíaco, el otro comprobaba constantemente sus constantes vitales. Mientras tanto, el socorrista pedía a los presentes que dejaran espacio a los primeros auxilios, y al mismo tiempo llamaba ya por teléfono al médico y a la policía.

En los minutos siguientes, la zona alrededor del cuerpo se fue llenando cada vez más, y cuando por fin llegaron el médico y la policía, ya no se veía gran cosa del lugar de los hechos. Unas cuantas imágenes movidas, que mostraban más el borde de la toalla que a Rosemary Burns, era el

máximo de información aprovechable. Volvió a haber imágenes útiles solo con el traslado del cuerpo en camilla, que fue colocada sobre el paso de tablones en una estructura de transporte y llevada rodando hasta el paseo marítimo. Allí desapareció dentro de la ambulancia, que arrancó de inmediato con las luces azules y las sirenas puestas.

Solo dos vídeos mostraban cómo, mientras tanto, la Policía Local tendía un cordón alrededor del lugar ahora vacío, y cómo un agente recogía las pertenencias de la fallecida. Todo iba, poco a poco, a parar a una bolsa de plástico gris. Al final le tocó el turno a la toalla y, por último, a una de las sandalias de cuña que había quedado tapada por la toalla. Para la segunda tumbona usaron una bolsa nueva, lo cual, dada la escasez de objetos por recoger, resultaba un tanto exagerado.

Levanté la vista y miré hacia el mar, sobre el que ya había caído el crepúsculo. Iba ya por la tercera cerveza y no estaba ni un ápice más listo que una hora antes. Así que cerré el portátil y cogí la carta, para tener una base decente sobre la que asentar la pinta número cuatro.

* * *

Hacia las dos de la madrugada me desperté y tuve mi momento eureka. No sé exactamente cómo se había ido colando la idea en mi conciencia, pero de pronto empecé a preguntarme por qué Andrew Burns se había llevado un mechero a la playa.

¿Era fumador? Si lo era, ¿dónde estaban entonces los

cigarrillos? Eso era, precisamente, lo que llevaba desde ayer por la tarde ocupando mi subconsciente. Faltaban los cigarrillos. Probé con la explicación más obvia: la policía había pasado por alto el paquete y se había olvidado de guardarlo.

Posible, pero extremadamente improbable. A los policías los entrenaban para asegurar pruebas. Esos no dejaban atrás un paquete de tabaco. A no ser que estuviera vacío y arrugado. Pero incluso en ese caso...

Eso me llevó de inmediato a la posibilidad número dos. Andrew Burns podría haberse llevado él mismo el paquete. Pero, en ese caso, ¿por qué había dejado el mechero? ¿Y su camisa? Un bañador mojado era, desde luego, un sitio del todo inadecuado para llevar encima una cajetilla de cartón con cilindros de papel.

Cogí el móvil y escribí un mensaje breve.

¿Es fumador Andrew Burns?

La respuesta no tardó en llegar. Por supuesto que Victoria seguía despierta. En el Crossroads todavía no habían cerrado.

No, ¿por qué lo preguntas?

¿Para qué necesita entonces un mechero en la playa?

Como respuesta llegó un emoji pensativo. Y con eso terminó también nuestro breve diálogo nocturno.

Y con eso terminó también mi descanso nocturno. Me levanté y encendí el portátil. Annie gruñó en sueños y agitó brevemente las patas delanteras.

En internet encontré bastante rápido lo que buscaba. No

había demasiados modelos con las funciones necesarias. Los comparé con lo que había fotografiado en la Policía Local, en presencia de Victoria y del inspector Morales. La coincidencia rondaba el cien por cien.

Al parecer, Andrew Burns no solo se había llevado un mechero a la playa, sino también una cámara. Una diminuta cámara espía escondida dentro de la carcasa de un mechero, capaz de grabar imágenes y vídeos no solo en tarjetas de memoria, sino también de transmitirlos, mediante wifi integrado, a un móvil que estuviera dentro del radio de alcance.

¿Era Andrew Burns un mirón? Esa sería, la verdad, la más llevadera de las dos posibilidades. La otra era bastante peor.

Miré el reloj. Las dos y media. Tenía que hablar con Jasper, mi papa de la informática. Y con el inspector Morales. Pero a esas horas, desde luego, no. A Victoria también debería informarla. Pero seguramente ella dormiría mañana hasta bien entrada la mañana, ya que a esas horas todavía debía de estar en pie. No podía esperar tanto de ninguna manera.

En cualquier caso, de dormir ya ni hablar. En mi cabeza se agolpaban, revueltas, las imágenes, las preguntas, las teorías y las certezas.

Volví a examinar, una y otra vez, los dos vídeos de aficionados que mostraban a la policía recogiendo los objetos. Miré las fotos que yo mismo había tomado de esos objetos en la comisaría. Formulé nuevas teorías, las

descarté de inmediato, volví a ver los vídeos. Y otra vez. Después puse en marcha de nuevo la grabación de la webcam. Empezando antes. Aún antes de que Andrew Burns abandonara la playa. ¿Qué había ocurrido entre el momento en que Rosemary se metió en el agua y aquel en que Andrew se marchó hacia el bar?

La resolución era demasiado mala. No se distinguía nada. En el mejor de los casos, se podía intuir.

Pero si mi intuición era correcta... Si esta nueva teoría llegaba a confirmarse...

Volví a mirar una vez más los vídeos de la recogida. En realidad, solo había una posibilidad.

Jasper. El inspector Morales. Mañana a primera hora.

Intenté dormir, pero seguí despierto hasta que por fin pude coger el teléfono.

* * *

Estábamos sentados en el pequeño bar que había pertenecido a Andrew y Rosemary Burns y que, una vez aclarado todo, debería pasar a pertenecer solo a Andrew Burns. Aparte de mí, conté otras cinco personas presentes: Andrew Burns, Milena, Dimitri, además del inspector Morales y otro agente de policía, que se mantenían en un segundo plano. Victoria no había venido, lo cual me sorprendió un poco. Al fin y al cabo, yo había investigado por encargo suyo, y le habría concedido de buena gana la satisfacción de haber tenido razón: Rosemary Burns no había muerto de causas naturales. Aun así, la había puesto al corriente de mi plan de

antemano y había obtenido su bendición.

Ahora las tres personas principales estaban sentadas frente a mí, en los taburetes de la barra. Y me sentía como Hércules Poirot, a punto de presumir de sus pequeñas células grises. Pero yo no era tan brillante. Y tampoco encontraba en aquella situación nada que pudiera disfrutar. Ni siquiera un poquito. Por eso, tampoco me anduve con muchos rodeos.

—Rosemary Burns fue asesinada —empecé—. Y el asesino eres tú. —Señalé a Andrew Burns, que en ese momento palideció.

—Esto es inaudito —tartamudeó, e hizo ademán de saltar del taburete.

El inspector Morales fue más rápido. —Quédese sentado —ordenó con voz cortante—. Escuchemos lo que tiene que decir el señor Novak.

—Si partimos de que Rosemary Burns no murió de causas naturales, y si no se detectan lesiones externas de importancia, entonces resulta lógico deducir que fue envenenada. —Hice una pequeña pausa y miré de Andrew a Milena y Dimitri—. Pero ¿cómo se envenena a alguien cuando uno mismo está a cientos de metros de distancia? ¿Cómo se envenena a alguien si nadie más se acercó a la víctima en sus últimos minutos? —Volví la mirada hacia Andrew Burns—. La respuesta es: mediante un mecanismo. Un mecanismo accionado a distancia.

Burns resopló y apartó la mirada, mientras Milena abría los ojos y la boca de par en par, y Dimitri ponía una cara

aún más sombría que de costumbre.

—El mecanismo es sencillo y cualquier manitas medianamente hábil puede fabricarlo sin problema. Consta de un receptor, que bien puede provenir de un móvil corriente del mercado, un relé y una aguja envenenada impulsada por un muelle. En cuanto el relé recibe una señal a través del teléfono, libera la aguja, que el muelle empuja hacia la piel de la víctima.

Eso me lo había hecho confirmar y explicar en detalle Jasper esta misma mañana.

—Pero ¿no llamaría la atención un mecanismo así? —planteó Milena.

—No, si se esconde bien. Si se instala, por ejemplo, en la cuña de una sandalia de mujer.

—¿Mataron a Rosemary con su propia sandalia? —La expresión en los ojos de Milena pasó del susto al horror—. Pero ¿cómo?

—Antes de abandonar la playa para acudir a una cita en el bar, Andrew colocó la sandalia manipulada bajo la toalla de Rosemary. Con la suela hacia arriba, con un pequeño orificio por el que podía asomar la aguja. En cuanto Rosemary se tumbó sobre la toalla, y quizá incluso se adormiló un poco, el mecanismo entró en acción y le clavó la aguja envenenada en el abdomen.

—Pero ¿existe algún veneno que actúe tan rápido? —También Dimitri tomó ahora la palabra.

—Hay varios. Los más adecuados son los que causan una parálisis casi instantánea, como la aconitina, por ejemplo

—expliqué—. Si la víctima está dormida, con un poco de suerte la parálisis ya se ha producido antes de que la víctima recupere la conciencia y pueda reaccionar.

—Pero ¿cómo sabía Andy cuándo Rosie estaba tumbada en la toalla y dormida? —me dio Milena el siguiente pie.

—Apuntándole con una cámara escondida en un mechero y haciendo que la imagen de la cámara se enviara, a través de la unidad de conexión móvil integrada en la cuña, a su propio móvil. En el momento en que veía que ella estaba bien colocada y quizás incluso dormida, accionaba el disparador. Y él mismo tenía una coartada perfecta. Nadie ve el mechero, porque lo escondió entre los pliegues de la camisa que dejó olvidada en la playa.

Miré a Andrew Burns, cuyo rostro se había vuelto gris. Había descifrado por completo su asesinato, cuidadosamente planeado. El inspector Morales ya había examinado esa misma mañana el mechero y también había descubierto el mecanismo dentro de la sandalia. La sandalia que había estado escondida bajo la toalla y que fue la última en recogerse. Todo eso se veía con claridad en el vídeo de aficionado. Y en la grabación de la webcam había un momento en el que, con mucha buena voluntad, se podía apreciar que Andrew Burns había estado manipulando la toalla de su esposa justo antes de abandonar la playa.

Aún mejor, por supuesto, habría sido una confesión. Por eso decidí quitarle también el último suelo bajo los pies. Aunque no fuera en absoluto mi estilo.

—Por cierto, si te has hecho ilusiones de vender el bar y empezar una nueva vida en algún sitio con Milena, tengo que decepcionarte, Andrew —repliqué—. Milena ya está casada. Con Dimitri. Aunque prefieran hacerse pasar por hermanos.

Los dos rumanos reaccionaron a mi revelación con un siseo furioso. Y Andrew Burns empezó de pronto a temblar sin poder controlarlo. Miré al inspector Morales, que a su vez le hizo una señal a su acompañante. Ambos se levantaron y se acercaron a Burns.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Milena—. No se lo hemos dicho a nadie.

—Casi a nadie —corregí—. Después de que mi aplicación de traducción me mostrara la reveladora expresión «mi mujer», hice que una amiga mía llamara a la Seguridad Social. Se presentó como tu futura empleadora y consiguió que le confirmaran que estás afiliada allí de forma obligatoria. Al preguntar si tu marido estaba también asegurado como beneficiario, se lo confirmaron encantados. En España viene bien conocer a alguien que conoce a alguien, Milena. —Le guiñé un ojo, y ella bajó la mirada al suelo. Eso explicaba también, claro está, por qué Dimitri no se había mostrado nada entusiasmado con el coqueteo entre Andrew y Milena. Aunque, sin duda, ambos habían callado su matrimonio precisamente por ese motivo.

—¿Quieres decirnos por qué lo hiciste, Andy? —pregunté en tono conciliador.

—La odiaba —respondió con voz casi sin emoción—. El bar ya no tenía salvación. La venta era nuestra última oportunidad de no perderlo todo. Pero ella prefería vernos arruinados antes que concederme una nueva vida. —Miró a Milena, que seguía con la mirada baja—. Aunque, de todos modos, ahora eso ya no va a ninguna parte. —Se levantó, bajó la vista, extendió los brazos y se dejó esposar y llevarse sin ofrecer resistencia.

Eché un último vistazo al bar. Andrew no podría heredar la parte de Rosemary por ser su asesino. Y qué pasaría con su propia parte tampoco estaba nada claro ahora. Podían pasar años antes de que un tribunal resolviera la titularidad. Que en ese solar pudiera levantarse un edificio nuevo en un futuro previsible me parecía, en ese momento, del todo descartado.

Miré el reloj. Las diez menos diez. Si me daba prisa, todavía llegaría a tiempo a la cita con Silvia en el Bar Maria. Aunque a esas alturas, probablemente, eso ya no importara demasiado.

ALTEA, BAR MARIA

10:30 H

—Claro que sé quién es el dueño de la manzana y quién quiere construir allí.

Silvia, una mujer atractiva de unos cuarenta y cinco años, con rizos castaño oscuro y un tipazo al que ni siquiera el nacimiento de cuatro hijos había podido con él, me había recibido con una sonrisa cálida y dos besos más que insinuados en ambas mejillas. Ahora estábamos sentados juntos en la terraza del Bar Maria, y hasta Isabel encontró tiempo para hacernos compañía.

—La mayoría de los locales ya están en manos de Benvest; sobre todos los demás, el grupo tiene opciones de compra preferente.

—¿Quién es Benvest? ¿Quién está detrás? ¿La mafia? —pregunté con algo de precipitación.

Silvia soltó una risita. —No, la mafia no. Benvest son las siglas de Benidorm Investment. El grupo lo forman empresarios de renombre de Benidorm. Tu conocida también es miembro.

—¿Mi conocida?

—Victoria Marsh. La conoces, ¿no?

Me quedé sin palabras por un momento. Solo registré de pasada que Isabel resopló con sorna al oír la palabra «conocida».

¿Vicky?

¿Qué?

Ya no entendía absolutamente nada. Se me debió de notar en la cara.

—¿Qué te pasa? —preguntó Silvia, en consecuencia.

Me recompuse durante otros tres segundos. —Esto no tiene ningún sentido —balbuceé entonces.

—¿Qué es lo que no tiene sentido?

—Victoria Marsh me encargó desenmascarar a Andrew Burns como asesino. Con eso está saboteando su propio proyecto.

—¿Y por qué no tiene sentido eso? —Silvia me sonrió con suavidad y paciencia.

—¿Por qué iba a poner en peligro su propio proyecto? —insistí, terco.

—¿Y si resulta que ella no quiere ese proyecto en absoluto, Novak? ¿Y si no quiere vivir y trabajar durante años al lado de una obra enorme? ¿Y si prefiere tener un Strip vivo, con muchos bares grandes y pequeños, antes que otro hotel todo incluido más, que no solo le quita clientes, sino que además le hace daño al atractivo de la zona?

Abrí la boca y volví a cerrarla. Novak, pensé, resignado, no eres ni la mitad de listo de lo que te crees. Y eso que era evidente. Si Victoria quería impedir el proyecto, de nada le servía votar sola en contra. Ni salir del grupo por protesta.

No. La estrategia perfecta era usar a alguien como

Novak para que le sacara las castañas del fuego. Claro, así se explicaba que esa mañana no hubiera aparecido en el bar. No quería, oficialmente, que la relacionaran con la detención de Burns.

Miré a Silvia y a Isabel, que me sonreían las dos con suficiencia, la segunda con un inconfundible aire de «ya te lo dije».

Consideré que tenía todo el derecho a estar enfadado con Victoria. Pero también recordé sus ojos enrojecidos y decidí creer más bien que la resolución del asesinato de su amiga Rosemary le había importado de verdad, en lo personal.

Isabel solo saboreó su triunfo unos segundos. Después se levantó, porque nuevos clientes entraban en la terraza.

En cuanto se hubo ido, Silvia me guiñó un ojo. —No te rindas, Novak. Esto se arreglará.

—¿Eh?

—Está celosa —susurró Silvia en tono confidencial—. Es buena señal.

—¿Entonces tú estás de mi lado, en este asunto? —me extrañé.

—No, principalmente del suyo. Se merece un poco de suerte. —La mirada de Silvia se volvió ahora más seria. Casi severa—. Así que no la fastidies, ¿entendido?

—Mjm —le aseguré, y lo decía de verdad.

Ulli Eike, nacido en Dortmund en 1961, ejerce como escritor profesional desde 1985. Tras una década en Múnich como editor y redactor jefe de destacadas revistas de informática, se estableció en la Costa Blanca española, donde trabaja como periodista y autor independiente desde 1995.

Hoy, el autor alemán es conocido sobre todo por su exitosa serie de novela negra *Lena Stern*. Con veintiún entregas llenas de suspense, la serie ha conquistado a un público fiel y se ha consolidado como una presencia destacada en el programa Kindle de Amazon.

Su obra también incluye las novelas de *Agencia Valeska* (dos volúmenes), ambientadas en el mismo universo, la serie *Caro y Nessie* (cinco volúmenes) protagonizada por dos sagaces detectives aficionadas, además de numerosas novelas y relatos adicionales.

El thriller de acción *EXIT – Kreuzfahrt in den Tod* ya está disponible en inglés bajo el título *EXIT – Cruise to Death*, y se están preparando más traducciones.

Con *Novak y la muerta de la playa*, Eike convierte su hogar adoptivo en el escenario de un nuevo capítulo de su narrativa: un entorno fresco y atmosférico que marca el inicio de una serie completamente nueva. La primera novela larga de *Novak* ya está en desarrollo y está prevista para su publicación en alemán, inglés y español.

Una mujer muerta aparece en la arena abrasadora de Benidorm.

Un marido desesperado por cerrar el capítulo antes de que alguien empiece a hacer preguntas de verdad.

Una rubia calculadora que mueve los hilos desde las sombras.

Testigos que lo vieron todo... pero no se dieron cuenta de nada.

Y un exinvestigador que no desea nada más que disfrutar de una cerveza fría servida por la camarera más encantadora... hasta que el caso cae directamente en sus manos.

Novak y la muerta de la playa
Un misterio criminal bañado por el sol de la Costa Blanca — afilado, atmosférico y absolutamente adictivo.

Más de Ulli Eike en Amazon:



Ulli Eike, nacido en Dortmund en 1961, escribe de manera profesional desde 1985. Tras una década en Múnich como editor y redactor jefe de destacadas revistas de informática, se estableció en la Costa Blanca española, donde trabaja como periodista y autor independiente desde 1995.